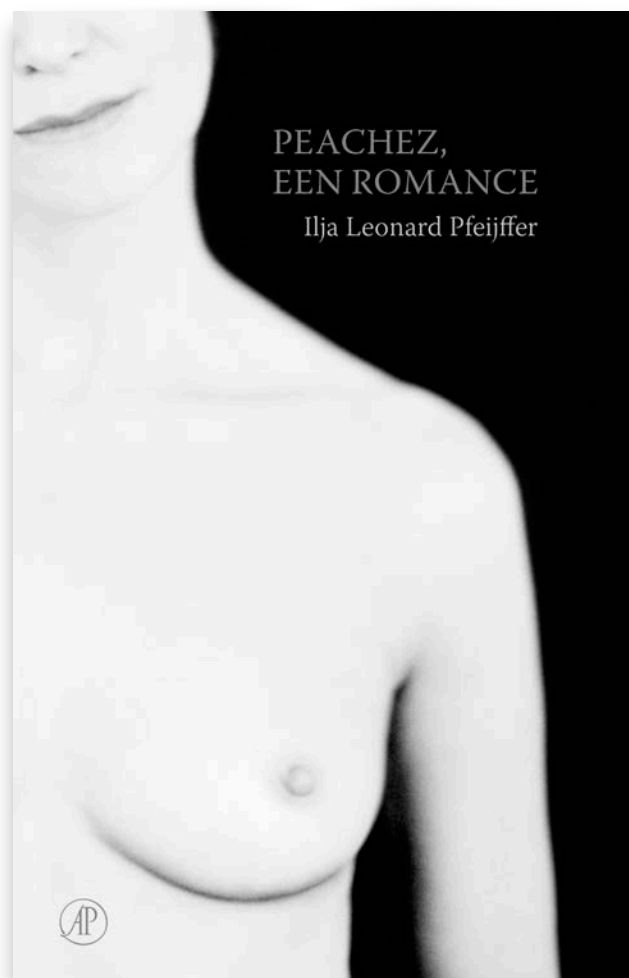


Peachez, un idilio

Ilja Leonard Pfeijffer



Traducción de muestra ~ Informe de lectura

Elaborado por **Gonzalo Fernández Gómez**

con la colaboración de

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Agosto de 2020

Datos generales

Lengua	Neerlandés
Título original	<i>Pechez, een romance</i>
Título (traducción literal)	Pechez, un idilio
Autor	Ilja Leonard Pfeijffer (1968)
Páginas	174
Fecha de publicación	14-02-2017
Editorial	De Arbeiderspers

En pocas palabras

Pechez, un idilio es, ante todo, una oda al amor entendido como acto de fe. Basada en una intrigante **historia real** de *phishing* en la que un sexagenario se enamora por correo electrónico de una mujer inexistente (dato que es importante ocultar al lector), la novela ofrece una interesantísima reflexión sobre la naturaleza del amor y, en particular, sobre la ausencia de la persona amada, estableciendo un vínculo con el hecho religioso. El formato breve y la unidad temática y de personajes entronca con la tradición de algunas novelas de Stefan Zweig. Escrito con una sana dosis de ironía, el relato engancha desde el primer capítulo, enternece, conmueve y, por momentos, hace reír.

Contacto derechos internacionales



SINGEL UITGEVERIJEN | DE ARBEIDERSPERS 1929

Luciënne van der Leije

Gestora de derechos

l.van.der.leije@singeluitgeverijen.nl

Jolijn Spooren

Coordinadora de derechos

j.spooren@singeluitgeverijen.nl

www.singeluitgeverijen.nl/de-arbeiderspers

Contenido del documento

Sinopsis4

Traducciones de muestra

Fragmento 1 (Capítulo 2).....7

709 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 3 minutos

Fragmento 2 (Capítulo 3)10

977 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 4 minutos

Fragmento 3 (Capítulo 4)14

1.532 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 6 minutos

Fragmento 4 (Capítulo 33).....19

1.310 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 5 minutos

Valoración personal.....23

Acerca del autor.....26

Lo que dijo la prensa.....27

Anexo 1: Fuente de inspiración.....28

Anexo 2: Adaptación teatral.....29

Sinopsis

El narrador de este breve relato escrito en forma de confesión, un catedrático de latín próximo a su jubilación activo en una universidad europea sin especificar, empieza explicando que se encuentra en una cárcel de Buenos Aires a la espera de juicio, y que poco antes ha conocido al amor de su vida. El misterio sobre la relación que pueda haber entre esas dos circunstancias a primera vista tan incompatibles se mantiene vivo hasta el último momento, y es uno de los principales alicientes para seguir leyendo. Pero no el único.

Peachez es una historia basada en un hecho real que se puede resumir en muy pocas líneas: un catedrático de unos sesenta años entra en contacto por correo electrónico con una joven norteamericana que afirma trabajar de modelo y, en pocos meses, se enamora perdidamente de ella. Tras atravesar todas las fases de este tipo de relaciones virtuales, la joven convence al catedrático para reunirse con ella en Sudamérica aprovechando que tiene contratadas allí una serie de sesiones fotográficas. El buen hombre, venciendo su miedo a volar, se embarca en la aventura y, cuando llega al hotel de Curazao donde supuestamente se va a reunir con ella, le entregan en recepción un mensaje de la joven explicando que, a causa de un repentino cambio en los planes de trabajo, ha tenido que salir apresuradamente con rumbo a Buenos Aires, motivo por el cual se ha olvidado en el hotel una maleta. Pero no hay por qué preocuparse. Ella misma se ha encargado de reservarle un vuelo a Buenos Aires, donde lo estará esperando en el nuevo hotel que le ha reservado la agencia de modelos. Ah, y que si es tan amable de llevarle la maleta que se ha dejado olvidada. Pero cuando el catedrático llega al aeropuerto de Buenos Aires, resulta que la maleta en cuestión no contiene ropa y otros enseres personales de la joven modelo, sino cuatro kilos de cocaína, con un valor estimado de doscientos mil dólares en el mercado clandestino. La joven modelo no

existía. La relación por correo electrónico no era más que una trama de *phishing* con la que una red de narcotraficantes recluta a hombres incautos para realizar transportes peligrosos de sus mercancías.

Esos son los hechos. Aquí, por tratarse de un informe de lectura, no me ha quedado más remedio que destripar el libro, pero no hace falta aclarar que, para que el lector pueda disfrutar de la novela de forma óptima, es esencial que desconozca el desenlace.

Hay dos motivos fundamentales por los que *Peachez* es, en mi opinión, una obra de mucho mérito. En primer lugar está la lente que elige el autor para observar a su protagonista, el catedrático. Ante una historia semejante, lo fácil habría sido recrearse en la candorosa ingenuidad del hombre de edad avanzada que se deja hipnotizar por una joven inexistente en el falso mundo de las relaciones virtuales. El autor, sin embargo, lejos de adoptar esa postura, humaniza al protagonista y ofrece una descripción esquemática pero convincente de la psicología de este tipo de hombres. De esa forma consigue que el lector empatice con el catedrático e incluso llegue a creer, por momentos, en la posibilidad de un amor tan improbable.

Pero, además de los hechos, hay en la novela un sustrato con una interesantísima reflexión de carácter filosófico sobre la naturaleza del amor, gracias a la cual, un relato que de otra forma habría sido meramente anecdótico adquiere la solidez de un templo. Ése es, sin duda, el mayor mérito de esta novela. Quien lea *Peachez* no olvidará ya nunca la visión que ofrece el libro sobre el amor idílico, independientemente de que esté de acuerdo o no con ella.

De forma muy breve, dicha visión—como se verá en el último de los fragmentos de la novela ofrecidos en este informe—consiste en la idea de que el amor entre personas funciona según un mecanismo similar a la religión. El amor a Dios no tiene límites porque Dios no existe. Es decir, porque no se manifiesta. Si Dios respondiera a nuestras plegarias o se manifestara de alguna forma concreta, podríamos empezar a ponerle

pegas. Pero, como no lo hace, su perfección permanece intacta. Lo mismo ocurre con el amor idílico. Poco importa que el objeto de nuestro amor sea fruto de nuestra imaginación. El amor consiste en dar, no en recibir. No hace falta que la persona amada exista o responda a nuestro amor. Es más, ese tipo de amor basado en la fe se puede dar también en parejas con una relación carnal, es decir, lo que suele entenderse por una relación amorosa convencional. Entre el número ilimitado de personas que podrían ser nuestra pareja, elegimos a una y nos convencemos de que es ella quien responde a nuestro ideal. Queremos creer, de la misma forma que el hombre religioso quiere creer. El amor es un acto de fe.

Ése es el mensaje que transmite esta novela de forma convincente y, por lo que a mí respecta, conmovedora.

Fragmento 1

Capítulo 2 ~ 709 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 3 minutos

Tras un primer y brevísimo capítulo de carácter lírico que a efectos de la narración se puede considerar irrelevante, el relato propiamente dicho comienza con el capítulo 2, en el que el narrador sienta las bases de la intriga que se mantendrá hasta el final del libro.

2

Aunque todo parece indicar que mi estancia aquí va para largo, voy a ser breve. Lo que me ha ocurrido es el consabido material de la historia más antigua del mundo, algo que casi todos aseguran haber vivido, pero en realidad sólo está al alcance de unos pocos. Escribiría que yo también, llegado el otoño de mi existencia, había abandonado la esperanza de tener algún día una experiencia de ese tipo, si no fuera porque eso implicaría haber abrigado alguna vez dicha esperanza, lo cual sería faltar a la verdad. Siempre he preferido volcarme en mi trabajo, mis estudios y mis clases, actividades que eran para mí fuente de plena satisfacción. Los textos de la Antigüedad eran todo lo que necesitaba y, al contrario que otros muchos, no vivía, de ninguna manera, con la vana idea de que una experiencia personal pudiera ponerme en posición de añadir algo remotamente valioso a lo que ya dejaron escrito los clásicos. Si la existencia, con su amplia gama de sentimientos falsos y auténticos, se desarrolla por completo en nuestra cabeza—algo de lo cual estoy cada vez más convencido—, parece más instructivo para el espíritu cultivar las ideas con tanta nitidez formuladas por las grandes mentes del pasado que lanzarse alocadamente a los cenagosos dominios de la realidad animado por un improcedente afán de empirismo. Sin embargo, aunque lo que me ha ocurrido parece confirmar

esa teoría, lo cierto es que estaba equivocado. Porque cuando me ocurrió lo que me ha ocurrido, a pesar de ser un fenómeno conocido desde el principio de los tiempos, y a pesar de mis exhaustivos estudios sobre todas sus formas y efectos, se manifestó como algo tan nuevo como el despuntar de un nuevo día.

He conocido al amor de mi vida. Eso es lo que me ha ocurrido. Y ésta es, en realidad, toda la historia. Y aunque para mí, personalmente, fue algo tan único y exclusivo como mi propio nacimiento, soy muy consciente de que los grandes poetas ya han dado expresión de forma muy superior a la incuestionable felicidad que me ha caído en suerte, y que la mera pretensión de añadir algo a lo que ya dijeron ellos sería sobrestimar mi capacidad estilística, por lo que será mejor que me limite a esta sucinta exposición de los hechos, sobre todo teniendo en cuenta que la gran mayoría de las personas cree haber pasado por la misma experiencia o, al menos, está en disposición de imaginar vívidamente en qué consiste. Si hay algo inusual en mi historia, sería, en todo caso, la forma en que termina. El amor me llevó a miles de kilómetros de mi hogar, lo cual, en principio, no tiene nada de particular, salvo por el hecho de que soy alguien con un miedo cerval a volar. En concreto, he venido a parar al Complejo Penitenciario Conurbano Bonaerense Norte, la prisión de Buenos Aires donde me encuentro a la espera de mi juicio e inevitable condena. El abogado que me han asignado me ha explicado de forma breve y concisa que, en mi caso, la legislación argentina no deja espacio para nada que no sea una reclusión penitenciaria de larga duración. Que así sea. Soy consciente de mi culpabilidad. Y si mi destino es morir entre rejas—lo cual, teniendo en cuenta mi edad y la duración esperada de la condena, no se puede descartar—, lo acepto con resignación porque, al menos, he vivido y he amado, y porque, tras haber conocido el amor, ya no espero nada de esta vida.

No albergo la falsa pretensión de que mi historia merezca ser contada. Y si, a pesar de ello, me dispongo a contarla, no lo hago con la intención de eximirme de culpa. El único motivo por el que le he pedido un bolígrafo y un cuaderno sin cuadrícula a mi abogado—que, por lo demás, poco puede hacer por mí—, y por el que me dispongo a narrar de forma sumaria—pero con la mayor precisión posible—lo que me ha ocurrido, es eliminar cualquier sospecha de que haya algo que reprocharle a ella. Ella no ha tenido la culpa de nada. Como se desprenderá de mi meticulosa reconstrucción de los hechos, su inocencia está fuera de toda duda.

Fragmento 2

Capítulo 3 ~ 977 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 4 minutos

En el siguiente capítulo, antes de meterse de lleno en el relato de su peculiar historia de amor, el narrador hace hincapié en el carácter intelectual de su trabajo para evitar que más adelante lo tachen de ingenuo.

3

Quiero subrayar, pues tiene para mí especial importancia, que de ninguna manera es falsa modestia o vanidad la razón por la que, antes de entrar en mi detallada narración de los hechos—que el fiscal leerá sin duda con más interés que mi abogado—, considero oportuno anotar algunas cuestiones relativas a mi carrera científica y mi prestigio académico. Lo que he vivido, como cualquier historia de amor profundo y verdadero, podría dar pie a conjeturas sobre cierta ingenuidad o imprudencia por parte de un protagonista aparentemente afectado por el virus de la frivolidad, único motivo por el cual me parece conveniente ofrecer cierto contrapeso en lo tocante a esa cuestión apuntando la categoría y el peso de mi puesto de trabajo, con todas las responsabilidades que conlleva.

Soy latinista. Tras completar mis estudios de filología clásica en la ilustre Universidad Fredo de nuestra ciudad, me doctoré *cum laude* en esa misma institución con una tesis sobre la oración aspirativa en la patrística temprana, con especial atención a las enseñanzas de Quintus Septimius Florens, más conocido con el sobrenombre de Tertullianus, tal y como aparece en sus escritos *De oratione* y *De idolatria*, así como en *De cultu feminarum*, su infravalorada disertación en dos libros. Para mi habilitación, que según tradiciones ya casi perdidas había de producirse en otro campo de batalla de la especialidad, volví a la pasión de mis años de estudiante, en concreto, la adoración de la amada ausente en la elegía latina. He

publicado numerosos artículos sobre Tibullus y el elusivo poeta Gallus en diversas revistas científicas de prestigio internacional, pero mis trabajos más importantes de aquella época son sin duda los artículos y la monografía que dediqué a Propertius.

(...)

Con más de cien publicaciones científicas a mi nombre y más de cuarenta estudiantes de doctorado en mi currículum—muchos de los cuales, en el momento de escribir esto, ocupan cátedras de prestigiosas universidades nacionales e internacionales—, creo que, ahora que estoy a escasos años de mi jubilación, puedo volver la vista sobre una carrera académica de cierta fertilidad. Me habría gustado celebrar mi sesenta y cinco cumpleaños pronunciando orgulloso ante mis colegas académicos un hermoso discurso durante la recepción en mi honor en la Sala de los Espejos del Palacio de la Academia, en la avenida de la Concordia, en el que habría anunciado que, si bien ponía mi cargo a disposición del órgano rector de la universidad, tal y como prescriben las leyes y las costumbres, tenía el firme propósito de seguir sirviendo a la ciencia hasta que la muerte me separe de ella. Sin embargo, todo induce a pensar que mis muy estimados y distinguidos colegas se quedarán sin escuchar esa memorable alocución. Mi ausencia, tras una vida entera de trabajo presencial entre los muros de la facultad sita en el edificio medieval donde se encontraba la antigua casa senescal, en la calle Mercurio 17, ya tiene que haber llamado la atención. Una vez conocida mi inevitable condena, el consejo rector no tendrá más remedio que retirarme todos los honores y suspenderme de empleo y sueldo. Y en vista de la duración esperada de mi cautiverio, durante el cual estaré privado de acceso a bibliotecas provistas del material adecuado, es muy poco probable que pueda volver a prestar algún servicio a la ciencia, a pesar de que, según todos los indicios, voy a disponer de más tiempo que nunca para reflexionar sobre las sutilidades de mi especialidad académica y los avatares de mi vida.

Tal vez no sea del todo irrelevante añadir a esta sumaria pero exhaustiva biografía el hecho de que siempre he permanecido soltero. Mis experiencias amorosas, hasta el momento de conocer a la mujer que cambió mi vida, estuvieron limitadas a fugaces aventuras veraniegas, amoríos adolescentes y alguna que otra escapada a Wagaland con el transbordador durante mi época de estudiante. Con eso me bastó. Nunca he lamentado mi soledad, porque consideraba un privilegio pasar mis días en compañía de las grandes mentes del pasado. El simbolismo de una ceremonia de promoción académica remite de forma intencionada a los rituales de una boda, y así fue como yo lo concebí siempre. Estaba casado con la academia, y la ciencia era mi única dueña. Un matrimonio feliz para ambas partes.

Aunque en este momento debo de tener un aspecto bastante lamentable—lo cual, aunque no puedo verificar, pues no dispongo de un espejo en mi celda, estoy dispuesto a aceptar sin necesidad de verme—, quiero aclarar, de la forma más rotunda, que la ausencia de una mujer en mi vida nunca tuvo como consecuencia el descuido de mi aseo personal, como en esos hombres a quienes se reconoce como solteros con sólo verlos. Nunca me transformé en el excéntrico académico de olor rancio que vive encerrado en su torre de marfil. Siempre me he presentado impecablemente vestido ante mis estudiantes y colegas, algo a lo que otorgo mucha importancia, y siempre me aproximé a las grandes mentes que ocupaban mi tiempo con la dignidad que sólo se alcanza tras un exhaustivo aseo diario. Si alguien se burlaba de mí a mis espaldas, era por mi reloj de bolsillo de plata, cuya cadena me gustaba prender del botón central del chaleco de mi terno.

Durante la práctica totalidad de mi vida, desde que me lo pude permitir, he vivido en un modesto pero histórico apartamento de la calle Gras, uno de los estrechos callejones del casco antiguo, cerca del mar y del bulevar Murnon, donde se encuentran los famosos establecimientos con sus más que explotables vistas al estrecho de Ribbon. El hecho de que mi

vivienda no contara con la mano de una mujer sólo se reflejaba en las dimensiones de mi biblioteca. Allí, entre aquellas páginas silenciosas de las que asciende el sutil murmullo de pensamientos centenarios, tuvo lugar la obertura de mi historia. Allí fue donde la conocí.

Fragmento 3

Capítulo 4 ~ 1.532 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 6 minutos

En el capítulo 4 el narrador describe su primer encuentro digital con Sarah Peachez. A partir de aquí, el relato se desarrolla de forma lineal hasta llegar al desenlace.

4

Su nombre es Sarah. Un nombre hermoso y muy apropiado, porque según la etimología original hebrea significa ‘princesa’, y al igual que Nausícaa en el juego de la pelota y Dido durante la inspección del templo, es ella quien más brilla entre las mujeres, como una princesa entre la plebe. En la mitología del Antiguo Testamento se alaba la belleza de Sarah, y desde el primer momento consideré un *omen* favorable el hecho de que aquella mujer bíblica tuviera la claridad de espíritu para elegir como esposo a Abraham, un hombre en el otoño de su vida adornado por la sabiduría de muchos años de experiencia. «*Accipio*», susurré desde mi silla de escritorio tapizada de cuero.

Nuestro primer contacto tuvo muy poco de romántico. De hecho, fue fruto de un malentendido, pero a lo largo de la historia han sido frecuentes los grandes sucesos cuyo origen hay que buscarlo en un acontecimiento aparentemente banal. Si Cleopatra hubiera tenido la nariz más pequeña, su belleza no habría deslumbrado a Julio César y Marco Antonio, las galeras y trirremes no habrían navegado empujadas por el viento ciego del amor con rumbo a Actium, al otro lado del ancho mar, y la historia del Imperio romano habría tomado unos derroteros muy distintos. Es algo que se ha dicho muchas veces. Y si la diosa Eris hubiera recibido una invitación para la boda de Peleus y Thetis, los griegos y los troyanos no se habrían enzarzado en una guerra de diez años en los confines del mundo conocido en aquel tiempo a causa de una mujer de belleza deslumbrante, y no

habríamos conocido el nacimiento de la poesía a través de la mirada ciega pero omnividente de Homero. (...)

El azaroso y a primera vista insignificante golpe de aire que cambió el rumbo de mi embarcación en las tranquilas aguas de mi existencia fue un correo electrónico. Debo añadir aquí, no sin cierto orgullo, que puedo presentarme como la viva refutación de la muy extendida idea de que los miembros de mi generación, por falta de interés y capacidad de adaptación, deben contabilizarse entre las víctimas de la revolución digital, y que no miento si afirmo que fui uno de los primeros de mi facultad en ver el potencial de internet y abrazar dicha tecnología. No obstante, para relativizar mi clarividencia, y en honor a la verdad, es importante aclarar que la causa de mi entusiasmo tecnológico se debía más que nada a la posición marginal a la que me había visto relegado a lo largo de mi vida profesional por mi atroz miedo a volar. Por eso percibí el correo electrónico enseguida como una herramienta ideal para mantener un contacto informal con colegas extranjeros sin necesidad de recurrir a los fondos siempre insuficientes de la facultad y a la buena voluntad del consejo para buscar un hueco en la siempre apretada agenda de la universidad y ofrecerles la posibilidad de impartir un curso como profesores invitados en la calle Mercurio 17 de nuestra ciudad. Además, comprendí que si las universidades con las que mantenemos estrechos contactos digitalizaban sus colecciones y las ponían a nuestra disposición a través de internet, ya no tendría que enviar a un asistente al extranjero para consultar en mi nombre valiosos manuscritos. Mi propia autopsia, aunque fuera en la pantalla de un ordenador, supondría un gran salto de calidad en la precisión de mi trabajo de investigación. Fui—a distancia—uno de los impulsores del proyecto Perseus, cuyo objetivo era digitalizar el corpus griego y latino para hacerlo accesible a todos los interesados junto con traducciones y estudios, y que finalmente se alojó en los servidores de la

Tufts University de Medford, Massachusetts, y también estuve involucrado en la digitalización de la patrología griega y latina de Migne.

A nadie le sorprenderá, por tanto, que todos los días recibiera decenas de correos electrónicos, y quien esté familiarizado con el fenómeno de la correspondencia digital e internet en general, o que al menos haya oído hablar del tema, sabrá que entre los mensajes dirigidos al titular de una dirección de correo electrónico aparecen también con cierta regularidad mensajes de remitentes desconocidos con fines meramente comerciales o incluso delictivos. Esa forma de correspondencia se conoce con el nombre de *spam*, y a pesar del filtro que instalé para evitarme su recepción, la empresa proveedora de mi servicio de correo electrónico nunca llegó a estar de completamente libre de esta molestia. Por eso, acabé desarrollando la costumbre de borrar ese tipo de mensajes sin leerlos.

Cuando mi vista se detuvo en el correo electrónico enviado por una remitente que se identificaba como Sarah, sin apellido y sin ningún texto en el campo destinado al asunto, que por lo general se utiliza para describir en pocas palabras el contenido del mensaje, mi primer impulso fue sospechar que se trataba de *spam*. El motivo por el que, sin embargo, empecé a dudar, fue doble. En mi ya amplia experiencia con la nueva tecnología había aprendido que son precisamente los remitentes de *spam* quienes exprimen al máximo las posibilidades que ofrece el campo del asunto para llamar la atención del destinatario con promesas de aumentos de pene indoloros o fortunas en Nigeria. Un campo de asunto en blanco es muchas veces indicio de cierta informalidad—cualidad que caracteriza en cualquier caso al medio—, y, la mayoría de las veces, permite presuponer algún tipo de relación entre el remitente y el destinatario. A esas divagaciones se sumó el hecho de que el año anterior había tenido como becaria a una estudiante llamada Sarah, una joven diligente y aplicada, un tanto rellenita y con unas gafas muy grandes que me había ayudado de forma intensiva en mi labor de edición del *Liber de habitu virginum* de

Cipriano de Cartago. Aunque hacía ya tiempo que había concluido aquel proyecto con la aprobación de mis colegas y de la prensa especializada, y no se me ocurría ningún motivo por el que la becaria pudiera tener algo que añadir a la cuestión, me pareció admisible, o al menos no descartable de antemano, la hipótesis de que fuera ella la remitente de aquel mensaje sin asunto.

En cuanto abrí el correo comprendí que me había equivocado. Era un mensaje muy breve escrito en inglés. Era evidente que procedía de alguien a quien yo no conocía, y sólo cabía pensar que había ido a parar a mi buzón de entrada por error. Lo leí sin prestar mucha atención, y no puedo negar del todo que me resultara divertido. La redactora y remitente, fuera quien fuera, explicaba con un estilo juvenil desbordante de entusiasmo en qué consistía su filosofía de vida. En esencia, venía a decir que, según ella, no había filosofía alguna capaz de prepararnos para las sorpresas que la vida tiene reservadas para nosotros, y que, por tanto, en lo sucesivo viviría de conformidad con el lema «capre diem». Sic. Así era como lo había escrito: «capre diem».

El maestro de escuela que llevo dentro no pudo resistir la tentación de corregir su error, lo cual se me antojó como especialmente oportuno en tanto en cuanto se trataba de un lema que alguien afirmaba haber elegido personalmente. Que cada cual viva según las ideas que le parezcan, en eso soy muy liberal, pero permítaseme asumir la tarea de que lo hagan en un latín correcto. De modo que, con el único fin de entretenerme un rato, decidí concederme un minuto de descanso de mis obligaciones para contestar a mi desconocida remitente. Con una sonrisa en el rostro, escribí en inglés lo siguiente: «“*Capre*”, o según una ortografía más clásica “*caprae*”, son cabras, que si bien forman parte de la atmósfera con la que la poesía bucólica simbolizaba la vida despreocupada a la que dices aspirar, y, a su manera, son muy diestras aprovechando al máximo las posibilidades de su hábitat árido y rocoso, tengo la firme sospecha de que lo que en realidad

quieres expresar, citando a Quintus Horatius Flaccus—en quien tienes un alma gemela y un ilustre antecesor—, es la idea de que hemos de aprovechar cada momento como si fuera el último, en cuyo caso creo poderme permitir la audacia de advertir que el imperativo “carpe” sería más correcto. Tal vez te guste saber también que la cita completa dice “*carpe diem quam minimum credula postero*”, y que a la recomendación de aprovechar el momento, se añade la cláusula de confiar lo menos posible en el mañana. La idea de que hemos de actuar de conformidad con las oportunidades que ofrece el día de hoy, porque el tiempo vuela y nunca tenemos certeza de que vaya a haber un mañana, parece, por otra parte, más adecuada para alguien como yo, que ya ha entrado en el otoño de la vida, que para alguien de una edad presumiblemente envidiable como la tuya».

Eso fue lo que escribí. Casi lamenté que un mensaje electrónico no ofrezca la posibilidad de firmar con caligrafía de rizados triunfales, y que tuviera que conformarme con la firma preconfigurada en la que figuran mi título, mi nombre completo, mi función y mi dirección en la facultad de la calle Mercurio 17. Sin más, pulsé el botón de enviar.

Fragmento 4

Capítulo 33 ~ 1.310 palabras ~ Tiempo de lectura aproximado: 5 minutos

Una vez concluido el relato de la historia de amor, cuando el lector ya sabe que el protagonista ha sido víctima de un engaño y que la mujer con quien creía tener correspondencia no existe, el narrador añade un último capítulo en el que resume las ideas de carácter filosófico que ha ido apuntando a lo largo del libro y expone su teoría sobre la relación entre el amor y el hecho religioso.

33

(...)

Aunque no le sorprenderá a nadie que en primera instancia cayera víctima de sentimientos de incredulidad e ira—alimentados, más que nada, por la insoportable idea de que una banda de delincuentes hubiera profanado el nombre, la imagen, el cuerpo y el alma de Sarah, y la hubieran utilizado para sus repugnantes negocios escribiendo con sus sucios dedos en sucios teclados—, y, sobre todo, de una profunda y agridulce pesadumbre que fermentaba en mi interior a medida que tomaba conciencia de que todo había terminado, que nunca más hablaría con ella, porque la relación había llegado a su fin, y que ni siquiera podría compartir con ella el inaudito relato de lo que me había ocurrido, también empecé a vislumbrar desde el principio la esencia de un agradecimiento que a lo largo de los seis meses que llevo aquí encerrado ha cristalizado hasta convertirse en el sentimiento predominante, y que constituye el principal motivo de mi afán por confiarle a estas páginas lo que me ha ocurrido con la mayor precisión y fidelidad posibles.

Soy consciente de que habrá personas con tendencia a afirmar que mi relación con Sarah no ha existido nunca, y aunque entiendo lo que quieren decir con ello, debo contradecirlas con toda rotundidad. En el proceloso torbellino de apariencias, ficción y engaño, en el que nada era lo que

parecía, había sin embargo algo que era auténtico y sincero: mis sentimientos por ella. El amor que germinó y cultivé en mi interior era firme, real y casi tangible, pues tenía un efecto físico en mi estado de ánimo y mi salud, y el insignificante hecho de que la persona a la que amaba no existiera no puede cambiar eso en lo más mínimo.

Alguien podría argumentar en contra de ese razonamiento que mis sentimientos por ella no tenían respuesta, y que mi impresión de que sí la tenían estaba basada en una dolorosa ficción. Pero, con todo respeto, me parece muy egoísta y limitado definir el amor en términos del rendimiento obtenido de una inversión en sentimientos de cariño que, según esa idea, habría que recuperar en cantidades expresadas en la misma divisa. Lo que ella me ha enseñado es que el amor verdadero es mucho más altruista que eso, y que, en el amor, dar es un objetivo en sí mismo. Además, sería un grave malentendido suponer que no he recibido nada a cambio de mi amor por ella. Aunque Sarah fuera fruto de mi imaginación, ella me engendró, en el sentido de que experimenté por ella sentimientos que no había conocido en toda mi vida y que por primera vez en mi vida sentí algo. Por primera vez me sentí vivo. Si digo que ella fue el amor de mi vida, no sólo quiero decir que fue y será el primer y único amor que he conocido nunca, sino también que, gracias a ella, aprendí a amar la vida.

Supongo que alguien que estuviera dispuesto a aceptar el hecho de que mi amor por ella fue una fantasía que ha cambiado mi vida, podría observar en tono de burla, señalando irónicamente los barrotes de mi celda —mis más que probables vistas hasta el fin de mis días—, que el cambio no ha sido precisamente para bien. Y yo le contestaría que se equivoca, porque durante los largos años antes de conocerla, rodeado por palabras prestadas de una lengua muerta, convencido de la importancia de una carrera académica y del valor de la ambición, el reconocimiento y el prestigio entre mis colegas, viví en una fantasía mucho mayor que los meses que pasé con ella, y porque aquí, en mi celda, acompañado por la imagen que tengo de

ella, me siento más humano y más libre de lo que jamás me sentí en la facultad de la calle Mercurio 17 de nuestra ciudad. Y aunque esa persona tuviera razón y me obligara a aceptar que mi historia de amor ha terminado mal, le diría que es un precio que estoy dispuesto a pagar, y que no cambiaría el tiempo que he pasado con ella ni por todo el oro del mundo. Después de todo lo que esa mujer ha significado para mí, la cuestión de si además existe no es más que una banalidad.

Podría establecer una comparación con el hecho religioso. Dios no tiene la culpa de no existir. El misterio de la fe es que somos nosotros quienes hemos creado a Dios a nuestra imagen y semejanza porque queremos creer. El amor de Dios es absoluto y no conoce fin por la sencilla razón de que emana de nosotros mismos como una proyección de nuestra más elevada representación del bien sobre una pantalla vacía, y la ilusión se desmoronaría si Él existiera. Ése es el secreto. La mayor gracia que nos concede Dios es no contestar el correo y no atender el teléfono, porque de esa forma nos otorga una libertad sin límites para que lo amemos y lo veamos de la forma que mejor nos parezca. Nuestra fe en Él y el amor que le brindamos no dependen de su existencia. Al contrario. Su existencia haría imposibles nuestra fe y nuestro amor. Si hemos creado a Dios y lo hemos colocado en el cielo como una fantasía, es porque nos damos cuenta de que nuestra vida estaría vacía sin fe y sin amor. No es Dios quien enriquece nuestras vidas, sino nuestra fe en Él.

Y aunque de ningún modo quiero ofrecer la falsa impresión de contar con una amplia experiencia en ese terreno, también podría establecer una comparación con las relaciones de amor entre personas que se conocen carnalmente en el dominio de la realidad tangible, en el sentido tradicional del término. Aunque en esos casos solemos dar por supuesto, y los dos interesados más que nadie, que el otro existe, bien mirado, se trata de un hecho bastante irrelevante. El amor mutuo casi nunca es consecuencia de una evaluación objetiva del conjunto de particularidades, rasgos

personales, cualidades y manías que definen al otro, y, en cualquier caso, nunca empieza así. Antes que en un análisis de cómo es el otro en realidad, el amor está basado en la infundada suposición y la arriesgada conclusión de que el otro es la pantalla adecuada para la proyección de nuestros deseos. El amor entre personas también es en gran medida una fantasía en la que sólo llegamos a conocer al otro—que no deja de ser nuestro prójimo—cuando ya es demasiado tarde, y nunca de forma absoluta. Lo que hacemos es crear al otro a nuestra imagen y semejanza, confiando en que la persona elegida coincida luego un poco con nuestro ideal. No debemos sobrestimar el factor realidad en las relaciones amorosas que—por oposición a las virtuales—se conocen generalmente como reales. La aparición de la realidad supone casi siempre la muerte de la fantasía y el fin de la relación, y, en ese sentido, no veo mucha diferencia con mi situación actual. De la misma forma que alguien que ha perdido al amor de su vida encuentra—tras un periodo inicial de dolor y tristeza—la sabiduría necesaria para mirar atrás agradecido por la vida compartida y los dones de los que gozó, yo también estoy profunda y eternamente agradecido a Sarah Peachez.

Ella no tiene culpa de nada. El principal objetivo, si no el único, de esta crónica fiel a los hechos, es acabar de forma terminante y definitiva con la posibilidad de que a alguien se le pueda pasar por la cabeza la idea de que hay algún motivo, por pequeño que sea, para acusarla a ella de algo, o siquiera para reprocharle o tomarle a mal algo. Si gracias a mi relato ha quedado claro para siempre, de forma categórica e incontestable, que ella es inocente, este esfuerzo no habrá sido en vano.

Valoración personal

Entre *La Superba* (la novela que lo consagró en círculos literarios en 2013) y *Grand Hotel Europa* (la que le dio acceso al gran público en 2018), **Ilja Leonard Pfeijffer**, inspirado por una noticia aparecida en el *New York Times* (ver anexo 1), escribió este delicioso opúsculo con el que vuelve a explorar el difuso territorio fronterizo entre realidad y ficción, preocupación que constituye el tema central de su obra.

Peachez, un idilio, además de su brevedad, comparte ciertos rasgos con algunas novelas de Stefan Zweig, como *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* (las implicaciones morales y éticas del amor) o *Novela de ajedrez* (el misterio sobre la reclusión en que se encuentra el protagonista).

Ya he dicho que, para que el lector pueda disfrutar de forma óptima de esta pequeña obra, es importante que no conozca el desenlace. Sin embargo, no se trata, ni mucho menos, de una novela que se sostenga únicamente sobre el pilar de una trama ingeniosa. De hecho, yo vi primero la adaptación teatral, por lo que, en el momento de leer el libro, ya conocía todos los detalles del trágico final de la historia. Y, a pesar de todo, durante la lectura volví a creer en el amor imaginario del protagonista. O mejor dicho, quise creer—de forma más o menos subconsciente—, como explica el protagonista que reacciona el espíritu humano no sólo ante el amor, sino también ante el hecho religioso. **El espíritu de quien quiere dejarse engañar es muy maleable.** Ésa es la esencia de lo que Leonard Pfeijffer quiere decirnos con esta historia.

Hay quien ha señalado una supuesta falta de credibilidad de la novela. Pero es una crítica improcedente. En primer lugar, porque el autor no se propone realizar una descripción minuciosa y científica de los entresijos psicológicos del protagonista, sino bosquejar a grandes rasgos los pasos que conducen a su enamoramiento para profundizar, a partir de ahí, en lo que de verdad le interesa: la naturaleza del amor idílico y el hecho de que

todos queremos creer en algún ideal, sea amoroso o religioso. No hay en la novela aspiración al realismo. El protagonista es una caricatura y, como tal, no tiene por qué cumplir ningún requisito de credibilidad, lo cual no impide que el lector se deje llevar por la lógica de sus razonamientos.

Y, en segundo lugar, porque es conocido el hecho de que muchos hombres entraditos en años se dejan engatusar por amantes virtuales que luego resultan no existir o, si existen, no tienen las intenciones que ellos creían. En torno a ese dato, el autor crea una fantasía que le sirve de base para desarrollar sus ideas.

Ilya Leonard Pfeijffer hipnotiza con su uso virtuoso del lenguaje, que es en gran medida el secreto de su capacidad para atrapar al lector. Sus protagonistas suelen expresarse en un lenguaje culto pero cargado de ironía. No se trata de impresionar con palabras rebuscadas y latinajos gratuitos, sino de esbozar la imagen del intelectual que vive en el mundo de los pensamientos elevados pero carece de competencias sociales, bien porque no entiende la sociedad en la que está inmerso (como en *Peaches*) o bien porque vive mentalmente en otra época (como en *La Superba* y *Grand Hotel Europa*). Esa falta de sintonía entre la vida interior del protagonista y el mundo que lo rodea es fuente de numerosas situaciones con un alto grado de comicidad. Pero el humor es sutil. La ironía hay que buscarla siempre en un estrato subyacente.

Si a todos los alicientes que ya he mencionado añadimos el inteligente —y, una vez más, irónico— uso que hace el autor de los conocimientos que, como titulado en filología clásica, posee de la Antigüedad griega y romana, el resultado es un libro con el equilibrio perfecto entre las novelas aptas para leer en la playa y la literatura para saborear en un sillón orejero.

Recomendación

Soy consciente de que todavía no habéis tenido ocasión de leer *Grand Hotel Europa* (aunque ya falta poco), y que sería muy lógico que primero quisierais formaros una idea sobre el valor del autor juzgándolo por vosotros mismos. Pero, llegado el caso, ***Peaches, un idilio*** sería en mi opinión el título idóneo para añadir una segunda obra de este autor al catálogo de la editorial. Se trata de una novela con un formato muy digerible y un tema que no sólo resulta muy atractivo para la prensa y los medios digitales (a fin de cuentas, todo el mundo tiene una opinión sobre esos hombres que, llegado el otoño de sus vidas, se dejan engañar por un amorío virtual), sino que también se presta mucho a las recomendaciones boca a boca, por lo chocante que es la historia.

Mi recomendación, en cualquier caso, es rotundamente positiva.

Si, a pesar de ello, tenéis dudas, tal vez exista la posibilidad de reservar una opción sobre los derechos, a la espera de que podáis evaluar con más elementos de juicio el interés de la obra de **Ilja Leonard Pfeijffer**.

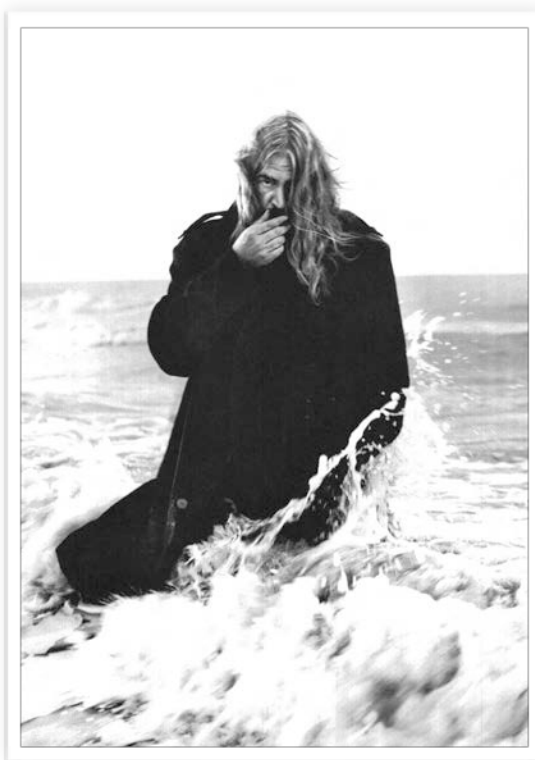
Acerca del autor

Ilja Leonard Pfeijffer (1968) estudió lenguas clásicas en la universidad de Leiden. Desde el año 2004 se dedica en exclusiva a la producción literaria. Actualmente vive en Génova (Italia), ciudad a la que está dedicada su novela *La Superba*, galardonada con el premio Libris en 2014. En 2018 obtuvo su mayor éxito comercial y de crítica con *Grand Hotel Europa*, el libro en lengua neerlandesa más vendido de 2019, con traducciones (en curso) a quince idiomas.

Ilja Leonard Pfeijffer es un autor muy prolífico. Además de colaborar como columnista y articulista en diversos medios holandeses, publica con regularidad ensayos de diversa extensión sobre temas de actualidad y produce una gran cantidad de poemas.

En 2017 sorprendió a la crítica con *Peachez, un idilio*, obra que se ha llevado al teatro con gran éxito y ya ha alcanzado tres ediciones en la lengua original.

En 2020, Leonard Pfeijffer ha tenido que cancelar numerosas actividades de promoción internacional de *Grand Hotel Europa* a causa de la pandemia del coronavirus. El confinamiento lo pilló en su casa de Génova, desde donde escribió durante más de dos meses una columna diaria sobre la situación en el norte de Italia para *NRC Handelsblad*, tal vez el periódico holandés de mayor prestigio. Sus columnas sobre la pandemia se van a publicar en Holanda este otoño en forma de libro.



Lo que dijo la prensa

De Groene Amsterdammer

15 de febrero de 2017

Peaches es un divertimento literario de primer orden, una ingeniosa y cómica variante del mito ovidiano de Pigmalión, en el que el artista esculpe a la mujer ideal y la estatua cobra vida.

NRC Handelsblad

17 de febrero de 2017

Lo que impulsa a esta novela hacia delante es, sin duda, una idea, y es un placer ver cómo dicha idea se va revelando poco a poco ante nosotros. (...) El lector ve cada vez más claro lo que Pfeijffer quiere ilustrar. Podemos congratularnos de contar con un escritor de espíritu tan analítico que no sólo es capaz de producir literatura a partir de una idea con evidente facilidad, sino que además se muestra indulgente con el ser humano.

Trouw

4 de marzo de 2017

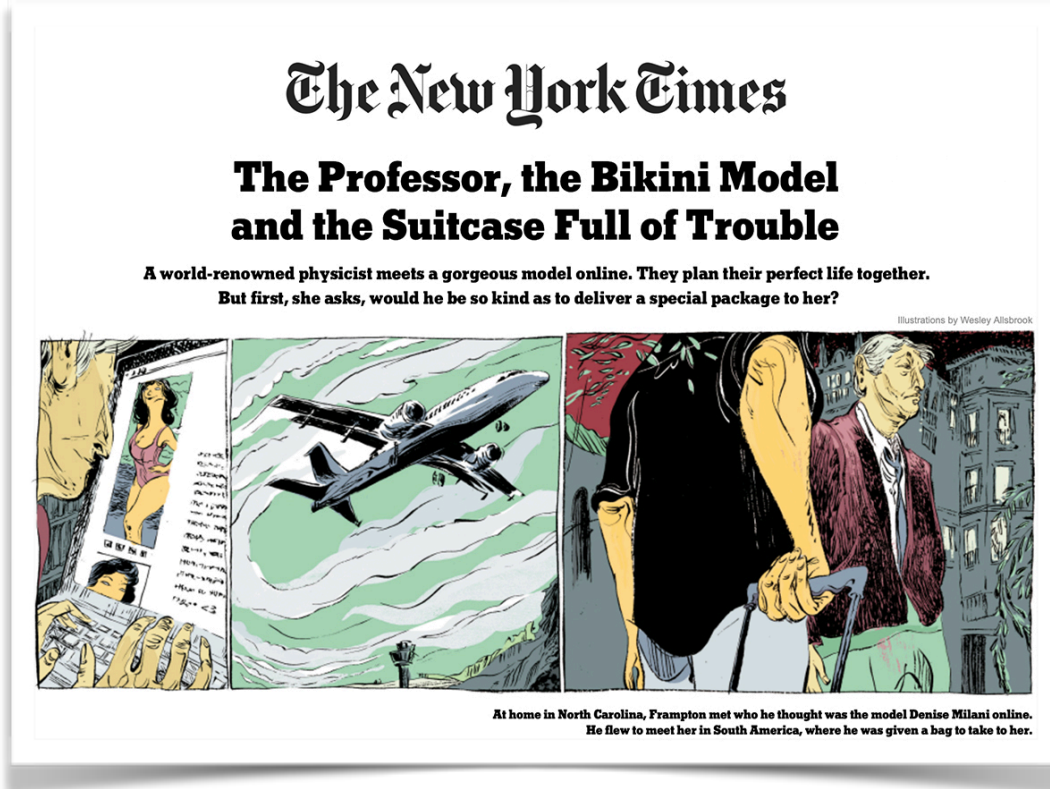
El texto es tan virtuoso, cómico e ingenioso, que uno sólo puede cerrar el libro con admiración y constatar que Ilja Leonard Pfeijffer es uno de los mejores escritores de este momento.

De Volkskrant

25 de febrero de 2017

La fuerza de esta novela no está en la elocuencia de su estilo o el trágico final, sino en la apasionada defensa que hace el autor de la fe incondicional en el amor. (...) Todavía estamos en febrero, pero *Peaches* es ya el libro más romántico del año.

Anexo 1

Fuente de inspiración

Artículo aparecido en el *New York Times* el 8 de marzo de 2013.

El texto íntegro está disponible en este enlace: <https://nyti.ms/ZtS4F2>

El autor lleva la historia a su terreno convirtiendo al catedrático en especialista en lenguas clásicas y modificando ligeramente la forma en que se produce el primer encuentro digital: en el caso real el catedrático accede a un sitio de contactos en línea, y en la novela el protagonista responde a un mensaje de *spam*.

Anexo 2

Adaptación teatral de *Peachez, un idilio*

El 28 de septiembre de 2019 se estrenó la adaptación teatral de la novela a cargo de la compañía de teatro Toneelgroep Maastricht. La revista *Elsevier* la calificó como «la función teatral del año». Tras cuarenta representaciones en distintos teatros del país, el coronavirus abrió un largo paréntesis en la gira, que volverá a reanudarse en septiembre de 2020.



Imagen de la adaptación teatral de *Peachez, un idilio*